

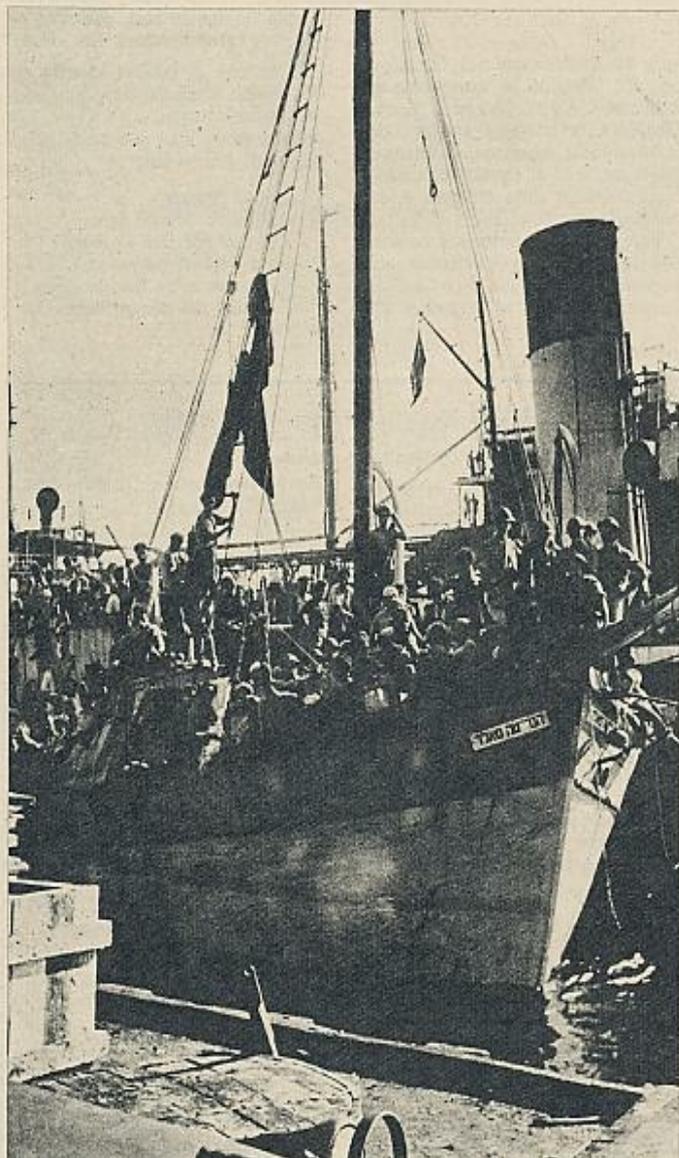
LA DIASPORA ESTA INQUIETA

CUANDO Golda Meir, primer ministro de Israel, fue recibida en audiencia por el Papa Pablo VI, a mediados de enero, en el Vaticano, se produjo lo que se llama «un momento histórico». Golda Meir no quiso adoptar solamente la representación de un Estado, sino del pueblo judío. Presente e histórico. «Hubo momentos de tensión —ha contado luego Golda Meir—. Sentí que estaba hablando al hombre de la cruz, que dirige la Iglesia cuyo símbolo es la cruz, bajo la cual se han matado judíos durante generaciones. No puedo escapar a ese sentimiento. Forma parte de mí misma». El Papa habló a Golda Meir de los antiguos sufrimientos del pueblo judío y la preguntó si esos antiguos dolores no la harían ser más piadosa en su combate actual. Golda Meir le miró fijamente a los ojos —«había decidido que no bajaría la vista en ningún caso, y así lo hice»— y le respondió: «¿Sabe Vuestra Santidad cuál es mi más antiguo recuerdo? Un "pogrom" en Kiev. Cuando éramos piadosos y no teníamos patria, cuando éramos débiles, nos llevaban a las cámaras de gas...». «No me gustó —comenta ahora— esa forma de abrir la conversación. No puedo estar tranquila cuando se me habla así. Tengo ya experiencias de ese estilo, y no cedí ante nadie que comience una conversación por ese camino».

Todos los traumas, todos los problemas y toda la dirección actual del movimiento judío internacional aparecen en este relato de la entrevista. El largo y terrible peso de las persecuciones y las matanzas durante milenios, los «pogroms», la Inquisición, las cámaras de gas, la dialéctica humildad-crueldad... Y la estrecha identificación de la patria perdida con el Estado de Israel, y del Estado de Israel con cada judío del mundo, sea cual sea su nacionalidad. La confusión originada por este trauma es tan grave, que está convirtiendo al mundo entero en campo de combate (la semana anterior, un agente de seguridad del Estado de Israel fue asesinado en la Gran Vía madrileña) y está haciendo brotar una especie de reacción antisionista en todo el mundo —especialmente en Europa—, de la que, naturalmente, se aprovechan los antisemitas (antijudíos) arcaicos que quedan, como un residuo del nazismo y de otras posturas primitivas, en el mundo, y cuando aparecen estos brotes del antisemitismo europeo, torpe

LOS JUDÍOS DE EUROPA

JUAN ALDEBARAN



Después de la pesadilla que supuso el exterminio nazi, los primeros contingentes de judíos llegan a Israel, dejando atrás la mala conciencia europea, que los dirigentes sionistas supieron hábilmente fomentar.

y siniestro, se vuelve a comprender que la herida judía no se cierre nunca...

Judíos de veinte naciones

Casi al mismo tiempo del viaje de Golda Meir por Europa —su presencia en la Internacional Socialista de París y, luego, su visita al Papa—, se reunía en Londres una conferencia de judíos europeos, bajo los auspicios del Congreso Judío Mundial. Había representantes de veinte naciones y trataban de examinar los problemas que les atañen en tanto que judíos europeos. El principal es el de una lenta extinción. Antes de la guerra había dieciocho millones de judíos en el mundo; hoy no hay más que doce millones. El número es no solamente reducido, sino insignificante dentro de una Humanidad de tres mil quinientos millones de habitantes. Es, aproximadamente, algo más de la población de Holanda. Si se piensa en la escasa influencia que tiene Holanda en los asuntos del mundo y en la que tienen las organizaciones judías, se observará que el problema no es de número, sino de situación y de capacidad.

Es posible pensar que la influencia de los judíos en Europa y en el mundo la hayan producido en gran parte sus propios perseguidores. La segregación que les impedía el acceso a ciertos estamentos de gobierno y dominio en la antigua Europa —y aun en la contemporánea: recuérdese el caso Dreyfuss (1)—, como son la nobleza, el clero y la milicia, y hasta los asuntos públicos —con muy pocas excepciones, como la de Disraeli— les llevó hacia el ejercicio mercantil y financiero —si la propiedad de la tierra les estaba muchas veces vedada, la de la moneda no, y la moneda, el oro o las joyas son elementos que pueden transportarse con uno mismo en caso de huida, de persecución o de amenaza—, por una parte, y por otra, hacia el ejercicio del «poder invisible» de los intelectuales: en la infancia de Freud, de Einstein o de Carlos Marx —los tres judíos que más han cambiado a Europa en los últimos cien años, y al mundo entero— hay humillaciones, inseguridad y amenazas que les hacían buscar con ahínco una forma de compensación. Los judíos europeos han ocupado lugares preeminentes en el mundo del dinero y en el del pensamiento y la información: es

(1) Ver TRIUNFO, número 537.



Ante Pablo VI, Golda Meir no quiso adoptar solamente la representación de un Estado, sino la de todo el pueblo judío, presente e histórico.

una forma de ejercer un dominio sobre los campos vedados de la dirección política de los países.

De alguna forma también ha ayudado al establecimiento judío la mala conciencia —la conciencia asesina— del europeo por las matanzas nazis. Y por un fondo más estrechado de la conciencia, que no se puede culpar sólo a los nazis, ni sólo a Alemania, de la matanza de judíos. Este último «cálculo» ha podido revelar algo de lo sucedido en la Historia. Pero puede también haber produ-

cido una situación irregular, la de que cualquier crítica a la actuación judía, o a ciertas peculiaridades de la elaboración socio-cultural de lo que hoy son los judíos (¿se puede hablar de raza?, ya estamos en la contradicción: sólo mencionar la palabra raza hace pensar en la segregación), pueda confundirse con el antisemitismo criminal. Ciertos dirigentes del sionismo evadían voluntariamente esta confusión y esta conciencia angustiada, al mismo tiempo que reviven los temores

ancestrales —y tan recientes— de los judíos europeos.

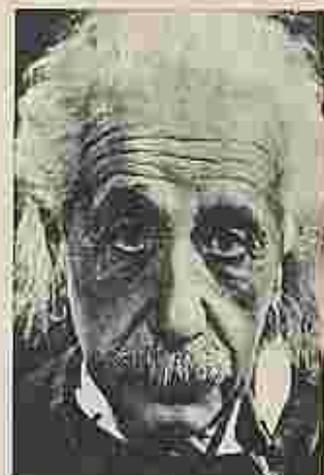
Los doce millones de judíos de Europa, representados en la conferencia de Londres, se han inquietado de lo que les parece una actitud cada vez más apuesta hacia el Estado de Israel por parte de las naciones europeas. Países como España y Francia mantienen por encima de todo su amistad y sus relaciones —también antiguas— con los países árabes. Gran Bretaña, que ha mantenido mejor relación con Israel, puede

estar variando su política por el hecho de su entrada en la Comunidad Económica y por una mayor identificación con la política francesa. Sobre todo, inquieta la apertura hacia la URSS y los países comunistas, oficialmente antisemitas y principal apoyo de los países árabes. La campaña antisoviética de las organizaciones judías arranca en estos días, en los momentos de la Conferencia de Helsinki.

Coincidiendo con la conferencia de Londres, en la misma capital se han celebrado reuniones, conferencias y manifestaciones en favor de los judíos de la URSS. El personaje central de estas reuniones ha sido Raiza Palatnik, que ha sido liberada de un campo de concentración soviético después de dos años de detención. Explica que no solamente fue detenida porque pretendía emigrar a Israel, sino que las otras prisioneras —ladronas, prostitutas, alguna asesina— la segregaban en razón de su raza. Con esta mujer, la Campaña Mundial Femenina pro Judíos Soviéticos exige la liberación de otra detenida, Silka Zalmanson.

La inmigración de los judíos soviéticos

Simultáneamente, en Ginebra se reúnen los dirigentes de trece comunidades mundiales judías para exigir la libertad de inmigración de los judíos soviéticos. Unos 32.000 salieron de la URSS hacia Israel, pero según esta organización, unos 100.000 están esperando aun su pasaporte, y se les exigen cantidades enormes de dinero para entregárselo (la URSS ha impuesto lo que llama «taxa de educación»: puesto que la educación es gratuita en la URSS, el Estado requiere que todo aquel que abandone el país para adquirir otra nacionalidad resiera el dinero invertido en su formación, que deja de ser útil a la comunidad soviética para serlo, gratuitamente, a una comunidad extranjera). La dirección en que se movía esta reunión de Ginebra estaba clara: Jack Stein, presidente de la comunidad central de judíos de los Estados Unidos, exige que en su país se adopte la Enmienda Jackson, que prohíbe a la Administración dar a la URSS el trato de «nación más favorecida» en los convenios comerciales, y Michael Pidler, presidente de la Cámara Judía de Diputados de Gran Bretaña, se acepta mundialmente la idea de que la actitud soviética respecto a sus ju-



Marx, Freud y Einstein, los tres judíos que más han cambiado a Europa y al mundo entero en los últimos cien años.

LOS JUDIOS DE EUROPA

dios sea «un impedimento para el reconocimiento de la URSS como un país civilizado».

Los soviéticos explican su actitud de varias maneras. Aparte de la «tasa de educación» antes citada, está la de política internacional: si el Estado de Israel se ha establecido sobre territorios árabes, que ha ido ampliando por guerras sucesivas, la inmigración europea está aumentando artificialmente su población hasta crear un problema de «espacio vital» —según la terminología de Hitler—, que le llevará a aumentar sus conquistas territoriales, o justificará un anexionismo precisamente por esa cuestión de «espacio vital». Por otra parte, tiene con respecto a los judíos el problema de la «doble fidelidad». Si los judíos son fieles a Israel, ¿pueden serlo al mismo tiempo a la URSS, que mantiene una política internacional contraria a Israel, porque estima que este Estado es un instrumento del imperialismo de los Estados Unidos? Estas razones no suelen ser estimadas en los medios judíos y en los antisoviéticos del mundo, y en cambio, prevalecen las del «antisemitismo ruso» como una herencia del imperio de los Zares. Esta campaña da más resultado del que parece. La inclusión en la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea que se celebra en Helsinki de la cláusula que pretende la libertad de circulación de personas y de ideas en toda Europa, es un éxito de los judíos. Si se acepta y se institucionaliza, los cien mil judíos que esperan pasaporte en la URSS podrán salir libremente. Sin embargo, más de un millón seguirán permaneciendo en la URSS. Cuando se habla de los judíos de la URSS no se suele citar a esta enorme mayoría de los que prefieren seguir siendo soviéticos. También Moscú ha dicho que muchos de los que han emigrado ya a Israel pretenden regresar a la URSS, porque se encuentran segregados y porque no aceptan las condiciones de vida de su nuevo país. Israel lo desmiente. Lo que sí se sabe con certidumbre es que los nuevos inmigrantes soviéticos están más bien escandalizados por lo que consideran inmoralidad en Israel: algunos han destrozado anuncios de películas y revistas de desnudos. Y en Viena hay en estos momentos unos 86 judíos soviéticos que están esperando el permiso para volver a entrar en el país después de haber estado en Israel.

La «doble fidelidad»

Lo que temen los judíos europeos es que las nuevas amistades con la URSS contribuyan al desamparo del Estado de Israel. Y que se extienda el problema de

la «doble fidelidad». Jack Winocour, que durante diez años ha sido director de información del Congreso Judío Mundial, explica así la cuestión (en el «Times»): «(Los judíos europeos) quieren mantener su devoción y su unión con el Estado de Israel. No son cuestiones de "doble fidelidad". Hay muchas fidelidades en el mundo. Carne y sangre, familia, lugar de nacimiento, nación, Estado, continente...». Sin embargo, le es difícil entender la «doble fidelidad» de otros. «Francia — escribe — es la principal protagonista de la campaña contra Israel, una singular paradoja cuando uno considera que el Presidente Pompidou debe mucho en su carrera a los Rothschild, y que dos de los más prominentes gaullistas, Maurice Schumann, el ministro de Asuntos Exteriores, y Michel Debré, antiguo primer ministro, no son de muy lejano origen judío». La idea de que porque Pompidou haya sido empleado distinguido de la banca Rothschild debe encaminar a la República que preside hacia el favorecimiento del Estado de Israel, es típica de un sector judío que defiende para sí mismo la «doble lealtad».

Pero otros sectores no piensan así. Israel Shanak — que fue presidente de la Liga Israelita de Derechos Humanos — replica a Winocour: «La devoción por el Estado de Israel puede provocar un desastre — escribe — sobre el propio Israel y sobre los judíos de todo el mundo». Su tesis es que no se puede ser «devoto» de un Estado, sino solamente de una religión, y que la devoción al Estado puede ser una apostasía. «Creo que la mayoría de mi pueblo ha abandonado a Dios y ha puesto un ídolo en su lugar, exactamente igual que sucedió cuando fueron tan devotos al becerro de oro en el desierto, que dieron su propio oro para construirlo. El nombre de este moderno ídolo es Estado de Israel». La paradoja está encaminada a algo: los judíos del mundo están dando su dinero para el Estado de Israel, y esto altera la realidad política en el propio país: las enormes cantidades de dinero llegan al Gobierno actual y al partido o los partidos dominantes, sin ningún control, y éstos las utilizan para mantenerse en el poder. «El Gobierno de Israel tiene un poder mucho más grande sobre sus ciudadanos que cualquier otro, porque una gran parte de su dinero no procede de sus propios ciudadanos; por ello, cualquier intento democrático para cambiar el Gobierno en Israel se hace más difícil, si no imposible». La otra aberración que señala Israel Shanak es ésta: los judíos de la Diáspora — los de fuera de Israel — dan más dinero cuanto mayor es el peligro de guerra, de forma que el Gobierno tiene

un gran interés en no hacer la paz. Esta forma de obtener fondos llega a extremos inmorales: a los más ricos donantes extranjeros se les lleva a Israel y se les conduce a la frontera siria para presenciar un combate. Por otra parte, se ha creado una escuela que enseña a los agentes de Israel a sacar dinero a los ricos — una escuela que depende de la United Jewish Appeal y de la Zionist Federation —; aprenden allí métodos de persuasión y se les da información de los judíos ricos en el mundo. «Como israelí (Shanak es ciudadano del Estado de Israel, y vive en él), quiero decir que los judíos de la Diáspora están más corrompidos que nosotros; en Oriente Medio promueven un permanente estado de guerra, y fuera de él, el antisemitismo».

Dentro y fuera

Las dos posiciones, la de Winocour y la de Shanak, corresponden, por lo tanto, a las de un judío de la Diáspora y a las de un judío habitante y ciudadano del Estado de Israel. Dentro mismo de Israel hay posiciones mucho más radicales. El reciente descubrimiento de unos ciudadanos israelíes judíos complicados en lo que se ha descrito como una red de espionaje sirio-palestina (2) ha sido de los más espectaculares. El partido Matzpen (socialista), el Rakah (fracción del partido comunista), son claramente antisionistas y pretenden una unión con los árabes. El Matzpen cree que el carácter sionista de Israel es contrario a los verdaderos intereses de las masas israelíes, denuncian la «política imperialista y expansionista» actual. Por otra parte está el SIAH (nueva izquierda israelí), que no se proclama antisionista, como los anteriormente citados, sino simplemente «no sionista», y estima que no habrá paz «mientras los palestinos no tengan libertad para vivir en un Estado que les pertenece».

Estos movimientos tienen su reflejo también en Europa. La ISRACA — Comité de Acción Revolucionaria Israelí en el Extranjero — emana del Matzpen y del Rakah, y se les suele ver en las manifestaciones antisionistas en diversas capitales de Europa, aunque su número sea muy reducido. Los «comités Palestina-Israel» dependen del SIAH, y tratan también en las capitales europeas de formar grupos constituidos por palestinos y judíos que estudien los problemas comunes. A ellos se unen esporádicamente los «panteras negras»: una organización estudiantil — principalmente — formada por jóvenes sefardíes, principalmente procedentes de Marruecos. Suelen mante-

nerse al margen del problema sionismo-antisionismo — probablemente, porque en Marruecos, si hay una relativa discriminación contra los judíos marroquíes, no hay ni ha habido verdadera persecución —, pero pretenden que los sefardíes están discriminados y maltratados en Israel: en las organizaciones citadas encuentran ayuda y comprensión para sus problemas.

De alguna forma se puede constatar que, aun a pesar de sus poderosos medios, de su influencia económica, intelectual y periodística, los judíos están perdiendo lentamente una batalla diplomática que tenían ganada. Recorremos los momentos de la guerra de los Seis Días — un nombre que fue también un acierto de propaganda, pero que no responde a la realidad: la guerra dura, y va siendo ya la de los Seis Años —, prácticamente toda la mala conciencia europea por el antisemitismo pasado se volcó en favor de Israel, sin tener demasiado en cuenta la magnitud del problema internacional, y aun ocasionando graves cismas y escisiones en organismos políticos (en las izquierdas, se desgarraban entre el sentimentalismo y la adhesión al pueblo judío, y el antiimperialismo y el anticolonialismo; en la derecha, entre el antisemitismo básico y el anticomunismo, que querían ver representado en los países árabes ayudados por la URSS); ahora hay un cambio lento, pero considerable. Comienza a advertirse que la rigidez del Estado de Israel impide todos los acuerdos y el establecimiento de la paz; comienza a reconocerse el derecho de los palestinos expulsados, y su largo dolor y sufrimiento (aunque se rechace el terrorismo); comienza a suponerse que si cada ciudad o cada país puede ser un campo de batalla, es porque los israelíes trabajan en todo el mundo, y todo el mundo es su escenario; comienza a distinguirse entre pueblo judío y Estado de Israel. Estos son los temas que principalmente preocupan al congreso de Londres. Mas lo que les parece una cierta desgana en la base de la Diáspora: una tendencia a olvidar el propio judaísmo, contrayendo matrimonios mixtos y perdiendo la fe.

En todas estas preocupaciones el trauma está siempre presente. El trauma de la persecución. Aquí y allá apuntan partidos nazis o fascistas que se lo recuerdan. Aquí y allá aparecen carteles de «judíos, no», y en las sinagogas — que aún en toda Europa son modestas, buscan calles tranquilas y escondidas, apariencias de edificios anodinos — se pintan cruces gamadas. Mientras esto suceda, será preciso comprender el gran sentimiento, el gran trauma judío. ■ J. A.

(2) Ver TRIUNFO, número 539.